

RODRIGO DÍAZ CORTEZ

*Metales rojos*



℄

Editorial Comba

Colección Narrativa

RODRIGO DÍAZ CORTEZ

# *Metales rojos*



Editorial Comba

Imagen de la portada:  
Ilustración de Rodrigo Díaz Cortez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Diagramación: Roger Castillejo Olán

© Rodrigo Díaz Cortez

© Editorial Comba, 2017  
c/ Muntaner, 178, 5º 2ª bis  
08036 Barcelona

ISBN: 978-84-944938-7-4

Depósito Legal: B-1.486-2017

## Índice

Río abajo	9
Insecto metálico	17
Payaso de Tárrega	29
Me dirijo al infierno	43
Mujer desnuda en la ventana	55
Retrato de animal	67
Noelia y el loco del violonchelo	77
Señor Simulos	93
El concurso	103
Cara de pendejo	115
Fiesta sobre ruedas	127
Metales rojos	139

*Para Libertad,  
que me arrojó con amor  
a la oscuridad más espesa de la noche*

## Río abajo

El polígono industrial estaba cerca de la obra. Ahí recibían a la gente que arrastraba su carro con chatarra conseguida en las basuras. En el bar de la esquina se reunían también los más afortunados, los que preferían recoger el cartón en sus furgonetas para venderlos en el reciclaje. La pensión tenía un nombre de metal pesado. Quizás por eso albergaba a los chatarreros de la zona. Ambos durmieron una noche en la misma habitación. Tonet lo había visto antes entre los peones, pero nunca le había dirigido la palabra. Qué chileno tan raro, se decía, siempre con las manos en los bolsillos, el bolso de lana cruzado en el pecho y un cuaderno pringoso metido dentro. El chileno siempre andaba manoseando novelas, y leía en la cama hasta muy tarde. Se tumbaba de lado, de cara a la pared, como si estuviera castigado, y no había que molestarle cuando leía porque soltaba un gruñido. Pero esta vez era distinto. Tonet acababa de matar a un hombre en el bar de la barraca.

El muchacho lector oía la historia, con una mano en la nuca y la otra sujetando la novela. Necesitaba decírselo

a alguien, afirmó Tonet, aunque apenas te conozca. ¿Y para qué me lo cuentas a mí?, preguntó el joven que leía novelas viejas. Lo subí a su furgoneta, lo tiré al río y ahora he vuelto aquí. Vaya problema en que te has metido. Te estoy diciendo la verdad. Sí, hombre. Además, para qué ibas a marcarte un farol. A quien tienes que explicárselo es a tus padres y luego a la policía. ¿Quieres que me delaten? Nadie sabe que fui yo, indicó Tonet. ¿Pero cómo ocurrió? Me costó arrastrarlo hasta la barandilla. ¿Lo tiraste al agua? Sí, de cabeza al Llobregat y en bañador, con las manos sin atar. Un cuerpo siempre sale a flote. Igual encontró una sardina en lata, se la comió y ahora vendrá por aquí buscando venganza. Déjate de tonterías, y dime cómo fue la pelea. Yo que soy un ignorante con cultura, chileno, ¿qué crees que va a pasar? Pues nada, que ya no pagarás más impuestos y te harán un rinconcito en una celda sobrepoblada. Volver a eso ni loco; pero yo creo que nadie lo encontrará, es posible que al menos su cabeza se fuera al fondo. ¿Pero qué dices? Si el agua del Llobregat apenas te llega a las rodillas. Entonces qué me recomiendas, ¿qué vuelva mañana para ver si lo veo? Por supuesto: mañana lo saludas, te disculpas, lo entierras y le claveteas una cruz en la orilla o un letrero con un epitafio. Vaya tontería, tienes razón, los vehículos que cruzan el puente me verían enseguida. La verdad es que no sé qué hacer. Ya no puedes hacer nada. Oye, a propósito, dicen los currantes en el bar que escribes. Sí, algunas tonterías que cuentan por aquí. Debe de ser difícil escribir un libro. No, si lo copias es fácil. Ah, ¿pero eso se puede hacer? Todos lo hacen.



¿Y por qué escribes? Supongo que para soportar o darle sentido a todo.

Tonet se quedó pensativo. En sus ojos aún se le podía adivinar la borrachera. Y si lo encuentran, qué más me da. Si hubiera matado al capataz, ese que explota de furia por cualquier tontería, me sentiría mejor; pero tuvo que ser el chiflado del Frankenstein. ¿No me digas que mataste al Frankenstein? No me digas que lo conoces. ¿Es ese que tenía una placa en la nuca, las sienas atorilladas? Claro, ese mismo que nos hacía interferencia en el móvil; cuando te ponías cerca de él incluso se te iba la cobertura. Eso es una burrada. Por algo te decía que su cabeza seguro que se había ido al fondo. Sí, parece que le habían operado el cráneo, por eso estaba chalado. La verdad es que impacientaba a cualquiera, pero yo no sabía que quería con la camarera o si no me habría apartado. Me decía que fuéramos al río a pelear. Hasta que le metí un tortazo sin nata y me sacó una navaja, qué digo navaja, eso parecía el corvo de Rambo. ¿Y tú crees que se paró alguno para separarnos? Que va, se mataban de risa como degenerados. Sobre todo los rumanos. Los africanos, de hurgar todo el día en los contenedores, siguieron comiendo su cuscús. Te lo juro. Me he peleado docenas de veces sin matar a nadie queriendo, pero ese cuchillo me puso las pilas. Yo creo que el Frankenstein quería meterse al río contigo y no pillaste la indirecta. Que va, todos lo odiaban por racista, todos le tenían miedo.

El chileno puso la mano dentro del libro para no perder la página. Si tomaste la decisión de lanzarlo al

río es que algo te pesaba. Según la ley, eres un criminal. Claro, claro, eso es lo que quieres que piense, pero fue un accidente. Si el cabrón no me hubiera sacado el corvo de Rambo esto no habría ocurrido, y si me hubiera presentado en comisaría alegando defensa personal, ¿tú crees que me habrían creído? ¿Por qué no? Quizás eso era lo mejor que podías haber hecho.

Tonet pensó en la mala suerte de tener que dejar la obra. Lo que le costó obtener un puesto, y ahora todo se estropeaba por un absurdo corte de cuello. No obstante, era a la única persona que se lo podía decir. Si no lo hablaba su cabeza iba a reventar. ¿Y tú sobre qué escribes? Pensamientos, historias inconclusas, contestó. Al joven le faltaban pocas páginas para terminar la novela y quizás por eso seguía la lectura con intensidad. Si te contara mi vida seguro que te forrarías, advirtió Tonet. Eso me lo dicen todos los peones, pero aún no escribo una historia completa. ¿Y qué es una historia completa? Pues que se pueda entender de principio a fin. Ah, suena interesante. La verdad es que debe de ser bonito poder leerse un libro entero. A mí me aburren. Eso es porque no has encontrado el tuyo. Cada persona tiene uno propio. ¿Y ahora qué me recomiendas que haga? Desaparecer, pero antes *esfúmate* un cigarro y tranquilízate. No quiero ir donde mis padres, éstos me mandarían al calabozo. Son peores que las ratas. El chileno cambió de mano la pesada novela. El negocio de la guerra necesita reclutas, esta tarde lo leí en el periódico y en el campo aún queda tierra por cultivar. ¿Me estás tomando el pelo? En absoluto, sólo pienso lo

que haría yo en tu lugar. Ya, pero te repito que fue un accidente. Si no le quitaba el corvo de Rambo, ahora yo tendría el cuello cortado. Para cualquier juez será un asesinato; y si demuestra que conocías al Frankenstein, la sentencia será de asesinato con premeditación. Qué va, si yo no he meditado nada para matarlo. Has visto cómo ya tienes novela.

El joven apoyó el libro abierto en su pecho, vio los cráteres de la cara de Tonet, heredados de un acné voraz, y le aconsejó que se marchara lo antes posible. Me caes bien, chileno. Hablas como si vinieras de los tribunales. ¡Protesto! No más preguntas. Tonet dibujó una sonrisa. Es un *pescado* matar a un chalado que tanto le habrá costado a la sanidad del país, pero Frankenstein ya no estará amenazando por ahí. ¿Pero te buscaba por alguna otra cuestión? No, chileno-abogado. Perseguía a la camarera de la barraca, la misma que yo me trinqué una vez. Y tú crees que eso arreglará tu problema, ¿si la policía descubre esta información de tu trabajo? Para cualquier juez será el mismo río. Ya, pero tenemos este trabajo, y dentro de poco tenemos que levantarnos. Eso ya lo sé, pero este trabajo sólo dura hasta el término de obra. Eso la policía y el juez lo sabrían enseguida. No sé cómo funcionan las leyes en tu país, chileno, pero aquí verá enseguida que fue una cuestión de defensa personal. Incluso si me toca un juez benevolente, me felicitará por contribuir al bienestar de los bares en los polígonos industriales. Oye, Tonet, ¿estuviste alguna vez en la cárcel? Huy, de eso ya no me acuerdo. ¿Cuántos años estuviste? Muy poco, de eso ya no me acuerdo.

¿Cuánto? Como tres o cuatro, no me acuerdo. No te das cuenta de que todo juega en tu contra. Tonet miró a través de la ventana y pensó en los peones de los cuartos vecinos. Afuera todavía no aparecían los carros de supermercado cargados de chatarra. Afuera del bar, cuando el Frankenstein me sacó el corvo de Rambo, estoy seguro de que algún chatarrero lo vio por la ventana, él lo puede decir. ¿Quién es? ¿Tus amigos del bar, esos que le tenían miedo al Frankenstein? Yo me ahorraría ese disgusto, porque al estar estigmatizados enseguida te apuntarían con el dedo para librarse ellos de culpa. Tienes razón, chileno, aunque me cuesta entenderte. Ésos también trabajan desguazando coches y robando cable para sacarles el cobre, ¿no? Pues no todos; también hay gente decente, como nosotros, que trabaja de peón.

El joven lector respiró profundo. Lárgate de aquí lo antes posible o no podrás contarles a tus padres este cuento. Al menos su cabeza seguro que se va al fondo y ya no perderemos la cobertura de los teléfonos. ¿Y tú piensas que la policía o el juez creerán tu historia de defensa personal? Me has convencido chileno-abogado. Seguro que alguno de mis amigos será el chivato que me encierre. Encima, si estuve en el talego por hurto, eso ya me dejó marcado. Veo que me has entendido, Tonet, no seas duro de mollera y pírate lo antes posible.

Tonet pensó que el muchacho que leía novelas viejas era un tipo raro, pero consideró sus palabras. Quizás no sabía tanto de la vida como él, pero enseguida se puso manos a la obra. Fue al baño y se afeitó. Se acercaban las dos de la madrugada, los ojos le picaban, pero el